

La Independencia de la América española fué realizada en lo militar por la acción de dos hombres eminentes, grandes y distintos: San Martín y el general Simón Bolívar.

Ambos tendían a un mismo ideal: los dos querían realizar la Independencia americana; pero con la diferencia de que San Martín la quería para la felicidad de América y el general Simón Bolívar la quería para fundamentar su gloria personal.

Los dos fueron generales en jefe de los dos grandes ejércitos que lucharon por la misma causa en los gloriosos campos de batalla de Chacabuco y Maipú; Junín y Ayacucho. Las dos primeras fueron calculadas por el genio militar de San Martín y ganadas por él en persona; las otras dos las libró el ejército del general Bolívar, porque los accidentes de la guerra lo impusieron así, pero el general Bolívar no tuvo la suerte de estar presente en ellas, que fueron ganadas por el general Sucre (venezolano).

Las marchas convergentes de los dos ejércitos: hacia arriba,—hacia

## Enrique de Vedia

(Argentino)

La entrevista de Guayaquil.—San Martín escribe la famosa carta á Bolívar.—Falucho.

jeto uniformar opiniones para terminar la guerra, que ya tocaba a su fin.

Al encontrarse los dos jefes se estrecharon en un fuerte abrazo, ante la intensa emoción de los pocos que asistieron a esta escena, pasando luego a realizar en absoluta reserva la conferencia provocada por San Martín.

En el curso de ella el general Bolívar dejó entrever su anhelo de terminar él la guerra de la Independencia:— *Bien, general, — le dijo San Martín, — yo combatiré bajo su órdenes; yo seré su segundo.*

El general Bolívar dudó un mo-

que, como las anteriores y respectivamente, son un verdadero retrato moral de su autor:

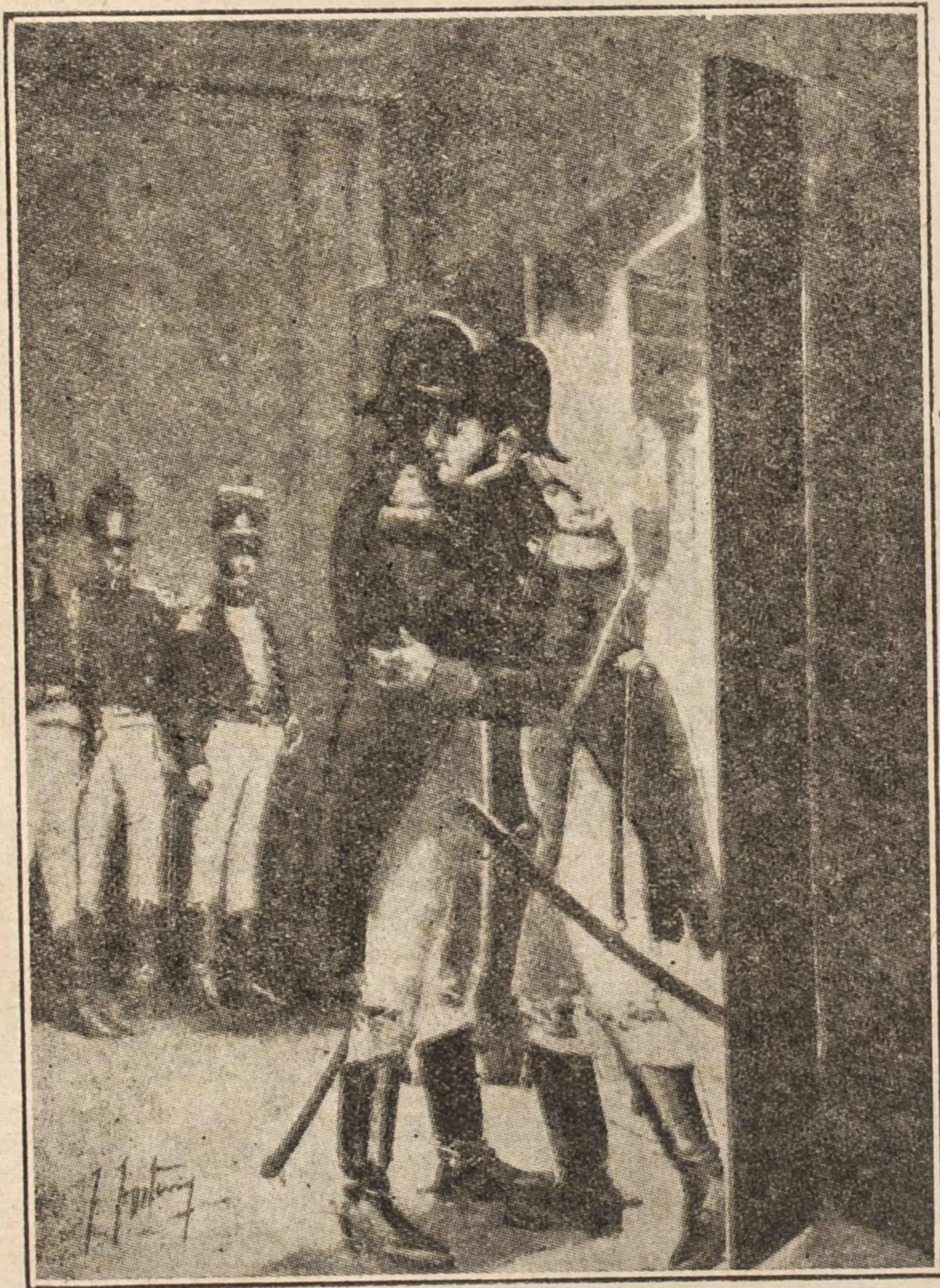
*Por la pronta terminación de la guerra; por la organización de las nuevas repúblicas del continente americano y por la salud del señor libertador.*

Tales eran San Martín y el general Bolívar retratados, sin pensarlo, por sí mismos.

Después de aquel banquete la con-

caso para Inglaterra el general Miller, jefe de la caballería vencedora en esa batalla,— Miller llegaba desde Chuquisaca recomendado al doctor Facundo Zuviría, gobernador entonces de aquella provincia, quien lo atendió cumplidamente dándole un baqueté al que asistieron las personalidades más representativas de la sociedad y entre ellas el eminente sabio inglés Dr. José P. ... autor de una obra científica publicada en Buenos Aires en 1819, "Sobre la dilatación del aire atmosférico".

Durante el banquete se brindó copiosamente por los héroes de Ayacucho, por Bolívar, por Sucre, por Miller, por el ejército libertador, etc. etc.; hasta que al fin se puso de pie el doctor Redhead y pidiendo permiso para proponer un brindis, dijo que había escuchado atentamente cuanto se dijo en celebración de la batalla de Ayacucho que "en mi concepto no es otra cosa que el resultado preciso del gran pensamiento proclamado en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810", y agregando varios conceptos análogos, expresó que se hallaba en estos países hacía doce



el Norte,— el de San Martín, hacia abajo,— hacia el Sur,— el del general Bolívar, los condujo a encontrarse en Guayaquil (Ecuador), donde ambos jefes celebraron la histórica conferencia en que se planteó el problema de la dirección ulterior de la guerra para concluir con ella en el breve período que pudo llamarse de sus postrimerías, pues en aquellos momentos sólo quedaban restos, propiamente, de los ejércitos realistas.

El 26 de julio de 1822 se realizó la famosa "entrevista", al año justo de haber proclamado San Martín la independencia del Perú, en Lima, como había proclamado la de Chile, en Santiago, el día 12 de febrero de 1818. Con tal bagaje llegaba San Martín desde Buenos Aires hasta Guayaquil después de recorrer en su caballo de guerra, sin sufrir ninguna derrota, más de tres cuartas partes de la extensión territorial de América.

La entrevista, pues, tenía por ob-

mento, pero reaccionando en seguida volvió sobre su propósito de no consentir en la cooperación abrumadora que se le ofrecía. "San Martín, entonces, con sublime abnegación se sacrificó a la desmedida ambición de Bolívar, en holocausto a la América", y dejó a éste en completa libertad de acción, eliminándose serena e inmediatamente de toda participación en los sucesos de que se trataba.

A las cinco de la tarde terminó la "entrevista de Guayaquil", pasándose en seguida a un salón donde una suntuosa mesa de banquete fué rodeada por un gran concurso de jefes de toda graduación y de altas personalidades civiles.

En presencia de todos, el general Bolívar levantó una copa, y dijo:

*Brindo, señores, por los dos más grandes hombres de la América del Sur: el General San Martín y yo.*

San Martín contestó en seguida con su invariable característica modestia, con las siguientes palabras



currencia pasó a un gran salón donde debía realizarse un baile. En éste los jefes argentinos se abstuvieron de danzar en comunidad con oficiales subalternos; "pero,— escribía después el general Guido, — a poco andar comprendimos que era costumbre general y muy admitida entre ellos, pues vimos al propio Bolívar sacar una niña muy linda a bailar un vals y que lo hacía por el mismo sistema que los subalternos: modales que nos parecían opuestos a su alto rango quizá porque los observábamos de la vez primera".

A la una de la noche, San Martín se despidió del general Bolívar, sin que nadie lo notara, y momentos después se reembarcaba en la goleta "Macedonia" que lo había conducido a Guayaquil, y que se hizo a la vela sin pérdida de tiempo mientras llegaba acaso al oído del glorioso viajero el eco del vals con que el general Bolívar danzaba, festejando su inexplicable triunfo material.

Sobre las consecuencias de la famosa entrevista existe un notable juicio que tiene su lugar en este artículo. En diciembre de 1825,— al año de la batalla de Ayacucho con la que terminó la guerra de la Independencia, llegó a Salta, de

años, durante los cuales pudo apreciar de cerca la forma en que se había desarrollado "la guerra de la emancipación sudamericana, sostenida por el genio entusiasta de los argentinos", y que entre las muchas observaciones hechas en este país, conservaba la de un juego popular llamado "el palo jabonado", consistente en un madero alto revestido de jabón y que tenía en el extremo un premio para la persona que pudiera llegar a tomarlo.

Cada uno de los que lo tentaban descendía debido al jabón, pero arrastrando consigo un poco de éste, hasta que al fin, y después que muchos sacaban poco a poco el jabón del palo, llegaba alguien que podía así subir hasta alcanzar el premio.

*Brindo, pues, señores,— añadió entonces,— por el General San Martín, que después de haber desengañado el palo de la Revolución Americana dejó expedito el camino al general Bolívar para que recogiese el premio en Ayacucho".*

Tal y no otro fué, sin duda, el resultado de la "entrevista de Guayaquil".

La goleta Macedonia dejó a San Martín en el Callao después de haberse detenido en Puná para embarcar a los jefes que lo habían

acompañado hasta Guayaquil. Del Callao pasó a Lima y luego de ir formarse, con profunda pena de los sucesos (1) producidos durante su ausencia, se trasladó a su casa de campo de La Magdalena, desde donde escribió su famosa carta al general Bolívar que éste conservó en secreto y que sólo fué conocida después de su muerte, pues San Martín no hizo nunca mención de ella ni aún para defenderse de la calumnia.

En este artículo no cabe nada más que la misma carta, que es, por sí sola, una gran lección. Dice así:

"Lima, 29 de agosto de 1822.

Excmo. señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar.

Querido general:

Dije a usted en mi última del 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta República con el fin de separar de él al débil e inepto Torre Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribir a usted con la extensión que deseaba. Al verificarlo ahora, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de América.

Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra: desgraciadamente yo estoy firmemente convencido, o que usted no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con la fuerza de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso de que su delicadeza no le permitiría el mandarme, y aún en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba usted seguro que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame Ud. Gral. le diga, no me han parecido plausibles; la primera se refuta por sí misma, y la segunda, estoy muy persuadido q' la menor insinuación de usted al Congreso sería acogida con unánime aprobación, con tanto más motivo cuanto que se trata con la cooperación de usted y la del ejército de su mando, de finalizar, en la presente campaña, la lucha en que nos hallamos empeñados; y del alto honor que tanto usted como la República que preside, reportarían en su terminación.

No se haga usted ilusión, general; las noticias que usted tiene de las fuerzas realistas, son equivocadas; ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19,000 veteranos, las que se pueden reunir en el término de dos meses. El ejército patriota, diezmando por las enfermedades, no podrá poner en línea a lo más 8,500 hombres, y de éstos una gran parte reclutas; la división del general Santa Cruz (cuyas bajas, según me escribe este general, no han sido reemplazadas, a pesar de sus reclamaciones), en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable y no la podrá emprender en la presente campaña; la sola de 1,400 colombianos que usted envía, será necesaria para mantener la guarnición del Callao y el orden de Lima; por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la expedición que se prepara para intermedios, no podrá conseguir las grandes ventajas que debían esperarse, si no se llama la atención del enemigo por esta parte con fuerzas imponentes, y, por consiguiente, la lucha continuará por un tiempo indefinido, porque estoy firmemente convencido que sean cuáles fueren las vicisitudes de la presente guerra, la Independencia de América es irrevocable; pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de los pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males. En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado: para el 20 del mes entrante he convocado el 1er. congreso del Perú,

y al siguiente día de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que sólo mi presencia es el único obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la Independencia bajo las órdenes de un general a quien la América del Sur debe su libertad: el destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse.

No dudando que después de mi salida del Perú, el Gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia y que usted no podrá negarse a tan justa petición, antes de partir remitiré a usted una carta de todos los jefes, cuya conducta militar y privada puede ser a usted de utilidad su conocimiento.

El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas; su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor a que le dispense toda consideración.

Nada diré a Ud. sobre la reunión de Guayaquil a la República de Colombia; pero permítame usted, general, le diga que creo no era a nosotros a quienes pertenecía decidir este importante asunto. Concluida la guerra, los Gobiernos respectivos lo hubieran transado si los inconvenientes de los nuevos Estados de Sud América.

He hablado a usted con franqueza, general; pero los sentimientos que expresa esta carta quedarán sepultados en el profundo silencio; si se trasluciese a los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito a usted una escopeta, un par de pistolas y el caballo de paso que ofrecí a usted en Guayaquil. Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores; con estos sentimientos y con los de deseárselo únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la Independencia de la América del Sur, se repite su afectísimo servidor.

José de SAN MARTIN.

Falucho es un síntoma y es un símbolo.

Como lo primero sirve para medir

En el segundo motivo encarna el alma leal, indomable del pueblo a que pertenecía,— del bajo pueblo, hay que decir para substraerlo a la designación colectiva que comprende a todas las capas de la sociedad; del bajo pueblo, que formó en aquellas épocas la "carne de cañón" de las batallas; del bajo pueblo.

La falta de San Martín al frente de sus legiones de acero determinó un relajamiento del vínculo militar con sus filas y el abandono en que se encontraban durante las horas de paz y el lugar subalterno a que se las relegaba en las horas de la batalla ablandó el espíritu de aquellos soldados invictos que fueron al fin vencidos por la decepción y el desencanto.

La traición engendrada por el despecho, penetró en una hora desgraciada en la pequeña guarnición que cuidaba la fortaleza del Callao, en la que flameaba la bandera argentina, en la misma asta en la que durante tres siglos había estado la roja y gualda de los conquistadores de América.

Los sublevados se dirigen al torreón donde al lado de la bandera de la Patria se hallaba de centinela un soldado de color llamado Antonio Ruiz y a quien se le designaba entre sus compañeros con el apodo de "Falucho". Llegados a él le invitan a substituir la blanca y azul por el estandarte real:

"Dobló Falucho entretanto

La obscura faz sin sonrojos,  
Y ante aquel crimen sus ojos  
Se humedecieron en llanto;  
Vencido al punto el quebranto  
Con fiero arranque exclamó:  
¡Enarbolar esa... ¡Yo?...  
¡Cuando está aquélla en su puesto!  
Y un juramento fué el gesto  
Con que el negro dijo: ¡No!...

La heroica actitud del leal negro Falucho le costó la vida,— cuatro fusiles vueltos hacia él, rompieron en una descarga cerrada y Falucho murió nacido para la Historia, que ha consagrado su nombre, mientras los de quienes lo sacrificaron cayeron en el olvido después de caer en el desprecio.

"Uno, el más vil, corre y baja  
El estandarte sagrado  
Que cayó sobre el soldado  
Como gloriosa mortaja;  
Alegres dianas, la caja  
De los traidores batía,



el inmenso vacío dejado por San Martín, en las filas férreas compactas y disciplinadas del ejército que él formó.

El Pacífico gemía Melancólico y desierto, Y en la bandera del muerto Nuestro Sol resplandecía".

(1) La deposición y extrañamiento del ministro Monteagudo, especialmente.

GENARO C. MORENO

Agente de Aduana  
y Comisionista

Se encarga  
de  
Despachos,  
Embarques,  
Trasbordos  
y en general  
toda clase de  
Operaciones  
del Puerto.

También acepta  
Consignaciones.

CALLAO

Calle de la Independencia

No. 18

Apartado 69

Teléfono 186

Francisco Pizarro, hostigado por el calor y el ansia de la espera, abandonó su tienda y se acostó en la playa, bajo la noche clara y estival. Estaba en la solitaria isla del Gallo, hacia el Norte del Perú, con un centenar de conquistadores, aguardando refuerzos del gobernador de Panamá para proseguir la conquista de El Dorado. De repente se puso en pie y aspiró a grandes alientos el aire marino, perfumado y salobre. Sus ojos, al par soñadores y enérgicos, escudriñaban, inútilmente ansiosos, la presencia de una nave amiga en la anchura del mar. Nada veía en el horizonte, enorme y mudo como su desesperación; sólo en el agua las fosforescencias verdosas, en el aire el brillar de las luciérnagas, y allá, arriba, la luna llena, redonda, congestionada, como un extraño sol nocturno.

Volvió a tenderse en la playa. Los rayos del satélite ponían un reflejo azulado en la coraza del conquistador, que al irradiar, dábale, en la soledad de la noche, un aspecto singular, misterioso y fantástico. Sobre el lienzo de arena, el rostro demacrado y anguloso, y la barba negra, mimbada de luna, recordabanse como la testa de un viejo Cristo bizantino. Abollada la coraza, huérfano de cimera el casco, raído el justillo, descalzo, destrozado y maltrecho, pero altivo en su miseria como un héroe en desgracia, la grandiosa figura de Francisco Pizarro parecía predecir la de aquel loco paladín andante que inmortalizó la pluma de Cervantes.

Pizarro ensoñaba, evocando el pasado y queriendo avizorar el porvenir. Y su recuerdo volaba hasta las horas de su infancia, en una ciudad extremeña, huérfano, serio y triste, pastor de cerdos un tiempo, criado, después, de un monje platero artífice, que labrando custodias y cálices despertó en él la codicia y la sed de riquezas; la melancolía de los que no fueron niños jamás había traducido en él en un sentimiento de rebelión, y las narraciones fabulosas de un *nuevo mundo*, por aquel entonces tan en boga — mediados del siglo XVI —, comparadas con lo miserable de su condición, sugirieronle un deseo incierto e incontenible de batalla y de oro. Alistado en las filas de los aventureros que emigraban, adiestróse en el arte de la guerra, y fué ante la inesperada aparición del Grande Océano cuando vio a Núñez de Balboa entrar en las aguas y oyóle gritar con épica entonación, "yo me apodero de vosotras en el nombre de mi Dios y de mi Rey" cuando brilló en su mente la visión clara y precisa de aquel nuevo mundo que debía conquistar. Entonces puso la suerte en su camino a dos hombres como él, ambiciosos y decididos, Hernando de Luque y Diego Almagro, que, cooperando a la empresa, reunieron dinero, equiparon fuerzas, consiguieron la protección del gobernador de Panamá y comulgaron de una misma hostia, jurando llevar más allá de los mares la cruz de Jesucristo y el pendón castellano. Todo lo recordaba con profunda tristeza el denodado extremeño, agente belicoso y activo de la conquista, mientras aquella noche, maltrecho y herido, esperaba con un puñado de hombres hambrientos, en la desierta isla del Gallo, un refuerzo del gobernador de Panamá, que ya tardaba mucho en llegar...

Un rayo de sol dió un beso de fuego en el demacrado rostro del conquistador español. Francisco Pizarro se levantó de nuevo. Era una mañana deslumbrante: bajo la luz del gran astro, la arena, el océano y el aire tenían una a la vez diáfana y áurea coloración. De

## Felipe Sassone

PAGINA DE LA HISTORIA NOVELABLE

### PIZARRO EN LA ISLA DEL GALLO

pronto, el esforzado buscador de oro dió un gran grito:

—¡A mí, soldados, que los hermanos vienen a nosotros!

De las tiendas que alteaban, como pájaros blancos, en la llanura amarilla, salieron cien soldados macilentos, con débil paso, al son erujiente de sus armaduras. Allá lejos, en el cielo luminoso, se recordaban las velas de las galeras engalanadas con el pabellón de Castilla.

Pero desvaneció la esperanza que había agolpado en la playa a los soldados. Arribados los buques y

—vuestra gloria se opaca, seor don Francisco; pero vuestra locura y vuestra vida se salva.

—No os entiendo, caballero Tafur— respondióle Pizarro, en el pomo de su espada la diestra, imperativa la mirada, bajo el arco magnífico de las cejas—. No se opaca mi gloria, pues que nunca la tuve, pero la tendré, y no soy loco, sino valiente, y nada vale mi vida si no salva mi empresa.

—Bueno, bueno, todas esas altiveces, seor Pizarro, a D. Pedro de



desembarcados los viajeros, pronto se supo que no venían a prestar ayuda, sino a echar por tierra sus esfuerzos. El caballero Tafur, que era quien comandaba las embarcaciones, dirigióse a Pizarro en tono de reproche zumbón. Era hombre pequeño y ventruado, de corva nariz y ojos oblicuos; en sus fríos labios, astutos y doloridos, había una expresión helada y cortante, de malicia y de perversidad.

los Ríos, gobernador de Panamá, y no a mí, pues él me envía.

Del tropel de soldados partió un grito ansioso:

—¡Loado el señor gobernador, que manda por nosotros!

—Pues, sí— prosiguió Tafur—, el gobernador no cree en las fabulosas riquezas del Nuevo Mundo. De vuestros mismos soldados se han recibido quejas, y ved lo que ha llevado a Panamá, dentro de un ovillo



de algodón de los que fueron enviados como muestra.

Y como Pizarro no supiera leer, el mismo Tafur leyó una carta del Soldado Sarabia con esta sangrienta copla:

*Pues, señor gobernador  
mírelo bien por entero,  
que allá va el recogedor  
y aquí queda el carnicero.*

Tras de una breve pausa, terminó diciendo:

—Por esto, pues, tengo orden de que todos volváis a Panamá.

—Todos, nó— exclamó Pizarro—; que en mi albedrío nadie se entra y he de quedarme a morir con mi locura o a triunfar con ella.

Sus negros ojos se clavaron retadores en el confuso emisario, y, bajo la voz iracunda, la gran barba del guerrero tembló con belicoso vibrar.

—Eso... al gobernador— murmuró con su helada sonrisa Tafur—.

—¡Y a vos, grandísimo bellaco!— rugió Pizarro—. ¡A vos, emisario de la cobardía y la desconfianza, que no os avergonzáis de venir a sobornar a un puñado de buenos españoles y de buenos cristianos.

—Reportaos, seor don Francisco, y no hagáis que se convierta en misión de sangre esta de paz con que a vosotros vengo.

—¡Ira de Dios!— gritó fuera de sí el conquistador—. ¡Antes rojo de sangre que de vergüenza! ¡¡Venid que os enseñe cómo vibra la espada de un buen vasallo del Rey nuestro señor!!

Los soldados ya se agitaban, como parodiando el oleaje del mar, cuando de la haraposita hueste de Pizarro salió el piloto Ruiz a apaciguar los ánimos:

—¡Calma, hermanos! Caballero Tafur, seguid a D. Francisco a su tienda y entendedos allí como hombres de bien. ¡Que no se diga que vosotros excitáis a los soldados!

Largamente conferenciaron; pero todo fué inútil.

Al caer de la tarde, mientras Pizarro arengaba a los suyos con un resto de esperanza, una voz salió de entre el pelotón de soldados a interrumpirle:

—No queremos perder la vida por unas pocas baratijas de oro—. Y un clamor unánime agregó:

—¡A Panamá, a Panamá, a Panamá!

Entonces, Pizarro desenfundó su espada, y rápido, con un gran gesto heroico, digno de un titán, trazó una línea de Oriente a Occidente. Sus ojos brillaban con fulgor de poseídos, y la voz resonó como un clarín guerrero:

—Por aquí— señalando al Norte— se va a Panamá, a la pobreza y a la vergüenza; por allá— agregó señalando al Sur— se va al Perú, a la riqueza y a la gloria; y ahora escoja el que sea buen castellano lo que mejor le estuviere.

Y erguido, con majestuoso continente, el esforzado, noble y fanático caballero, pasó la raya. El

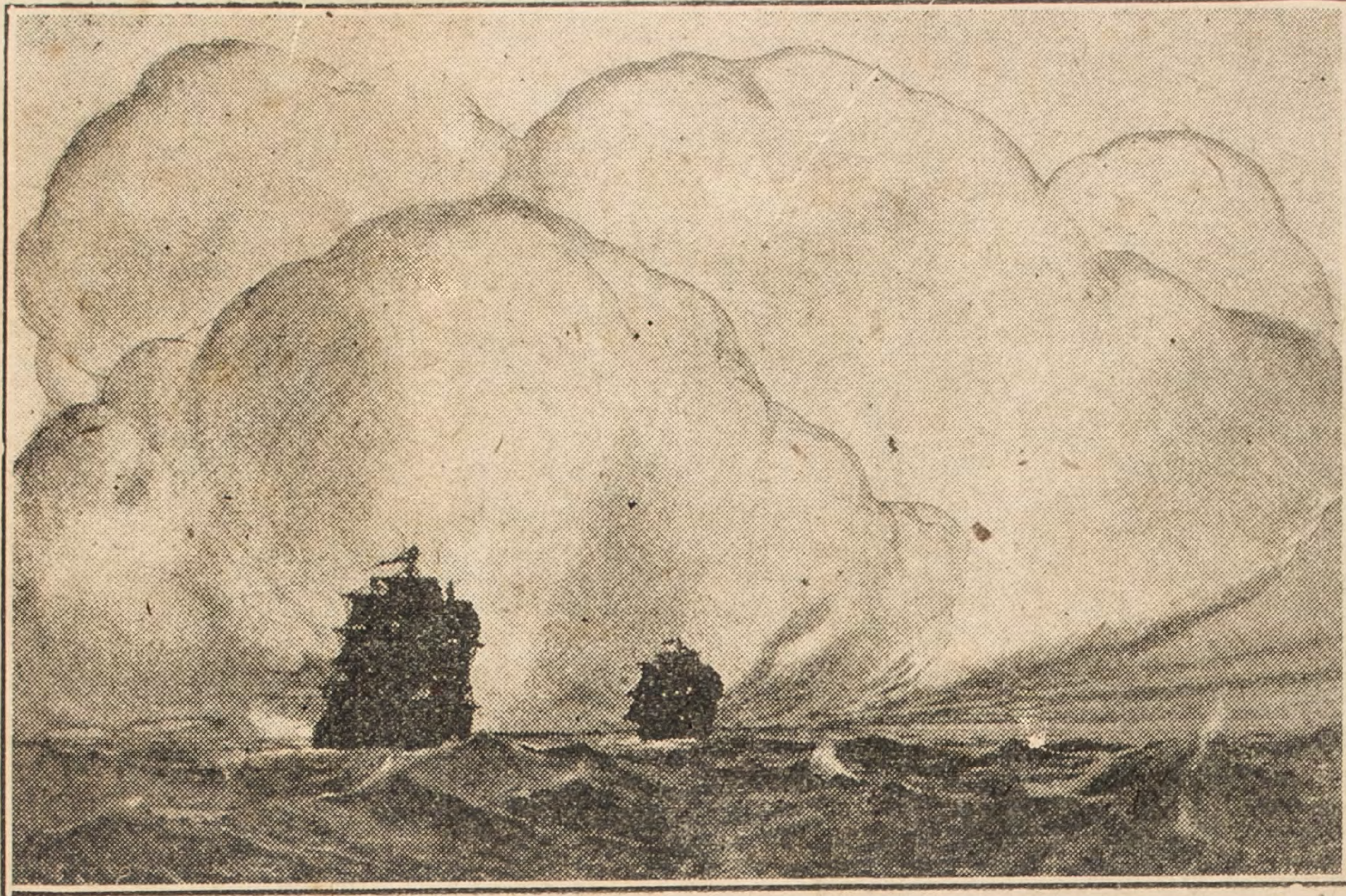
griego Pedro de Candia, soldado de los que le acompañaban, sintiendo renacer dentro de sí el espíritu heroico de los héroes homéricos, y luego el piloto Ruiz, y luego diez más,

vencidos por el ejemplo de su capitán, y sobre su espada doce espadas más cayeron formando doce cruces en una sola.

—Por la cruz de nuestra espada—

dijo el griego— juramos todos correr la misma suerte.

—Y esa cruz— terminó Pizarro — será el símbolo que triunfará en el Nuevo Mundo.



Resueltos ya a permanecer y a llevar adelante la conquista, Pizarro comisionó al piloto Ruiz para que volviese a Panamá a dar cuenta a Luque y a Almagro de los acontecimientos y a exhortarlos que no desmayaran en prestarles ayuda.

Tafur, vencido por el valor de los conquistadores, consintió en dejarles provisiones y los doce héroes, cuando las galeras se perdieron en el horizonte, cayeron de rodillas en la playa, renovando su promesa en el nombre de Dios Nuestro Señor.

En el silencio del atardecer, el juramento de los doce leones tuvo un gran aire epopéyico, majestuoso y solemne. El mar puso, como un himno, su ruidosa armonía, y el sol enrojecido se hundió tras el Océano, como avergonzado de tanta grandeza.

Y así empezó la conquista del Perú.

## COMO SE FUNDO LIMA

La ciudad de Lima, llamada por el Dr. Unánue *el emporio del Virreynato del Perú*, fué fundada por Francisco Pizarro, en 18 de Enero de 1535 a los cuarenta y dos años de descubierta la América por Cristóbal Colón, y dos años después de sometido el Perú a la dominación española.

La fundación debió su origen a la representación hecha por la justicia, corregimiento y vecinos de Jauja, alegando lo inaparente de ese lugar para Capital del Virreinato, y fué precedida de la exploración y reconocimiento que, por orden de Pizarro, hicieron de este valle algunos comisionados.

**Fundación y población destinada noble y muy leal ciudad de los reyes del Perú, fecha por el marques D. Francisco Pizarro, adelantado y primero gobernador que fué destos: en diesyocho de henero de 1535 años (1).**

El Comendador

Don Francisco Pizarro adelantado e Capitan General et Gobernador en estas Provincias de la nueva Castilla por su Magestad—Digo: que por cuanto los vecinos e Universidad de la Ciudad de Xauja mepidieron que se les diese un lugar que se les estaba no podia sostenerse como convenia al servicio de su Magestad y byende los yndios, por que recibían mucho trabajo en el servir, por estar como estan muy lejos, Yacstacausa sedminuyan y padecian necesidades los vecinos, e por otras muchas causas queparecen evidentes que lo mandase. Y por que me parecia que ansi convenia al servicio de su Magestad, yo tube por biende mandar el dicho Pueblo en la Provincia de Pachacama en el asiento del casique delima, Por que me parece que esta encomedio de tierras donde los dichos yndios pueden servir con poco trabajo

emexor sostenerse Epor estar como esta junto del mismo buen puerto Para la carga e descarga delos navios que Vinieren a estos Reynos, para que de aqui se probean de las cosas necesarias los otros pueblos que estan fundados e se fundaren en tierra dentro, e por estar como esta en el comedio de la Tierra Yapropósito paralosuso dicho: e porque conviene primero seasiene el dicho pueblo, que vea e pasee los terminos a tierra del dicho casique delima e se examine el mexorasiento que cubiere las calidades que se requiere tener para que este vien sitiado, e para facer lusoso dicho es menester nombrar personas cuerdas que sepan y entiendan las calidades e condicion de tierras que convien etener adichos asientos por ende porque vos Ruidios, e Juan Tello e Alonso mms. de D. Benito sois personas muy antiguas enestas partes, Eque vos aveis hallado en fundación de muchos pueblos, e nellas y tenis La experiencia necesaria e conocimiento para el dicho pueblo — Por la presente en nombre de su Magestad vos nombro para quebais a hacer el susodicho Todos juntos, e vos mando que luego os partais e bais al dicho asiento e provincia delima, e en ella e en su comarca busqueis e mireis muy bien donde se puede asentar e poblar el dicho pueblo e que tenga las calidades que conviene para que se perpetue como conviene al servicio de su Magestad: e despues de averlo mirado e buscado segun dicho es, os venid con la relación dello elo demas que conviene al servicio de su Magestad Yala Población del dicho Pueblo: e porque la leña parece que es la mas necesaria para el dicho pueblo, por la falta que ay en esta parte della, mucho os encargo que esta busqueis e vos ynformeis de los casiques por donde andubiésses desde esta: y lo beais todo por manera que de todas las calidades que hallarades que el dicho Pueblo puede Tener, metraygais entera y verdadera relacion como

de vosotros con lo, fecho en Pachacama a ocho de Henero de mill y quinientos e treinta e cinco años. —D. Francisco Pizarro — Pormandado de su señoria — Antonio Picado.

En el pueblo de Pachacama a trese dias del mes de Henero de mill quinientos e treinta e cinco años, ante el dicho señor Gobernador parecieron presentes los dichos Ruidas y Juan Tello y alonsomartin de Don Benito, e en presencia demi El escribano susso escrito dixeron: quellos por virtud del mandamiento de su señoria, haydo haber la tierra para buscar el asiento conforme al dicho mandamiento, estan prestos de declarar mandandose el dicho señor Gobernador — esta en un renglon cortado demaneraque no se puede leer, y luego prosigue: asi de derecho de los dichos Rui Diaz Y Juan Tello e alonso Martin de D. Benito, y de cada uno dellos por Dios y por Santa Maria su madre por una señal de cruz como esta \* en que puso cada uno dellos su mano derecha corporalmente, e por las palabras de los santos evangelios doquier que mejor e mas largamente estan escritos, que bien e fielmente contoda verdad Declararen y diran lo que les parece acerca del dicho asiento, Los que le dijeron: *si juro* y amen; e aviendo prometido decir verdad, dixeron e depusieron cada uno dellos deporsi lo siguiente—

El dicho Juan Tello aviendo jurado segun dicho es, dixo que el fue por mandado de su Señoria juntamente con los dichos alonsomartin de D. Benito y Rui Diaz, aver el dicho asiento, e que asseis dias que lo ando mirando por toda la tierra alrededor delima, que la parece que el asiento para Hacer el dicho Pueblo que se hadehacer, estara muy bien en el asiento delima por que la comarca es muy buena y tiene muy buena agua y leña e tierras para sementeras e cerca del Puerto de la Mar, e asiento ay rosso e claro e descombrado, queay

Rio, que parece que talqual conviene para hacer el dicho pueblo, para que se perpetue e los yndios que han de servir en el alos vecinos no reciban mucho trabajo por estar



como estan muy comarcanos del e que esto es lo que le parece socargo del dicho juramento, y firmolo — Juan Tello (1).

E despues de esto en el dicho pueblo de Lima Lunes dies y ocho del mes de Henero de el dicho año, el dicho Señor Gobernador en presencia de mí el dicho escribano e testigos suso escritos. Dijo: que por quanto Visto el dicho pedimento a el fecho por la justicia e regimiento e vecinos de la dicha ciudad de Jauja, el probeyó a los dichos Rui Diaz, e Juan Tello e Alonzo Martin de Don Benito para que biniesen como binieron a ver el dicho Aciento, e pasear el dicho Casique de Lima. Serca de lo qual dijeron sus pareceres segun que todo de suso se contiene, e que hagora el abenido juntamente con los Señores oficiales de su Magestad Alonzo Riquelme, Thesorero, e Garcia de Salcedo, Veedor, e Rodrigo Masuelas que fue nombrado juntamente con el dicho Veedor por el dicho reximiento para hacer lo susso dicho e ha visto, e paseado ciertas vezes la tierra de el dicho Casique de Lima y Examinado el mejor citio, les parece e ha parecido que el dicho Aciento de el dicho Casique es el mejor e junto al Rio de el, e contiene en sí las calidades susso dichas que se re-

quieren tener los Pueblos, e ciuda-  
 des para que se Puelben, y en no-  
 blescan, e se perpetuen y este bien  
 citiado. E por que conviene al ser-  
 vicio de su Magestad e bien e sus-  
 tentación, Población de estos dichos  
 sus Reinos, e consuelo e combercion  
 de los Casiques e Yndios de ellos,  
 e para que mejor e mas presto sean  
 industriales y reducidos al conoci-  
 miento de las cosas de nuestra San-  
 ta fee Catholica, por la qual, en  
 nombre de sus Magestades, como su  
 Gobernador e Capitan General de  
 estos dichos Reinos, despues de ha-  
 ver filiado el dicho citio con acuerdo  
 e parecer de los dichos Señores Ofi-  
 ciales de su Magestad que presentes  
 se hallaron, e del dicho Rodrigo  
 Masueles: mandaba e mando que el  
 dicho Pueblo de Jauja, e ansí mis-  
 mo el de Sangallán, porque no esta  
 en aciento combeniente, se pasen a  
 este dicho Asiento e citio, por quan-  
 to, cuando el dicho pueblo de Jauja  
 se fundó arriua en la sierra, no  
 estaua Visto para que el dicho pue-  
 blo estubiese mejor fundado, el hizo  
 tamento e condición que se pudiese  
 mudar en otro lugar que mas com-  
 biniese, e pareciese: e porque hago-  
 ra como dicho es conviene que de  
 los dichos Pueblos se haga nueva  
 fundacion, acordo edetermino de fe-  
 necer, e haser, e fundar el dicho  
 Pueblo el cual mandaua y mando  
 que se llame desde h agora para  
 Siempre Jamas, la Ciudad de los  
 reyes. El qual hizo e Pobló en  
 nombre da la Santissima trinidad  
 Padre e hijo y espíritu Santo, tres  
 personas y un solo Dios verdadero:  
 sin el qual que es principio y Cria-  
 dor de todas las cosas e hasedor de  
 ellas, ninguna cossa que buena sea  
 se puede haser, ni principiar, ni  
 arribar ni permanecer; e por que  
 el principio de cualquier Pueblo o  
 Ciudad, ha de ser en Dios y por  
 Dios y en su nombre, como dicho  
 es, combiene principiallo en su  
 Yglesia. Comenzo la Fundacion  
 trasa de la dicha Ciudad y de la  
 Yglesia que puso por nombre nues-  
 tra Señora de la Asumpcion cuya  
 advocación será: en la qual como  
 Gobernador y Capitan General de  
 su Magestad de estos dichos Reinos,  
 despues de señalado Plan hizo e  
 edificó la dicha Yglesia e puso por  
 sus manos la primera piedra y los  
 primeros maderos de ella: y en señal



LA FUNDACION DE LIMA. — (Cuadro de Lepiani, existente en el Museo Nacional)

y tenencia de la pocesion, Vel quasi  
 que sus Magestades tienen tomadas  
 en estos dichos Reinos assi de la  
 Mar como de la tierra descubierta  
 y por descubrir: y luego repartió  
 los solares a los vecinos de el dicho  
 Pueblo segun parecerá por la trasa  
 que de la dicha Ciudad se hizo, la  
 qual espera en nuestro Señor y en  
 su Vendita madre que sera tan  
 grande e tan prospera quanto con-  
 viene, e la conservara e aumentara  
 perpetuamente de su mano, pues su  
 edificio es para su santo servicio, y  
 para que nuestra santa fe catholica  
 sea ensalada, aumentada e comu-  
 nicada e sembrada entre estas Jentes  
 Barbaras, que asta agora han estado  
 desbiadas de su conocimiento y ver-  
 dadera Doctrina y servicio: para  
 que la guarde e conserbe y libre de  
 lo peligros de sus enemigos y de  
 los que mal y daño le quicieran fa-  
 cer: e confio en la grandeza de su  
 Magestad, que siendo informado de  
 la fundacion de la dicha ciudad  
 confirmará y aprovará la dicha fun-  
 dacion por mi y en su real fecha, y  
 se hará muchas mercedes para que  
 sea ennoblecida y se conserbe en su  
 servicio. Y los dichos señores Go-

vernador y oficiales de su Magestad,  
 lo firmaron de sus nombres y ansí-  
 mismo el dicho Rodrigo de la Pre-

sa Escrivano de su Magestad estan-  
 tes en dicho Aciento del Cacique  
 de Lima

*Francisco Pizarro*  
*Alonso de Albornoz*  
*Diego de Almagro*  
*Diego de Sotomayor*

## “LOS DE CHILE” ASESINAN A PIZARRO

El Gobernador Pizarro, hombre  
 activo y laborioso, se dedicó inme-  
 diatamente después de la fundación,  
 a trazar la planta de la ciudad y a  
 hacer el repartimiento de terrenos,  
 destinando los costados de la plaza  
 principal, para la Catedral, el Pala-  
 cio de Gobierno y la Casa Muni-  
 cipal.

De las once personas que acom-  
 pañaron a Pizarro (1) se eligieron  
 para alcaldes a Nicolás de Rivera,  
 el viejo, y a Juan Tello, quienes for-  
 maron su primer Cabildo en 30 del  
 mismo mes de enero. Poco después  
 bajaron de Sangallán treinta per-  
 sonas y con otras veintiocho que  
 vinieron de Jauja, se completó el  
 número de los setenta pobladores de  
 Lima, que edificaron treinta y seis  
 casas: veintidos de Oriente a Occi-

dente y catorce de Sur a Norte (2).  
 El hecho más importante ocurrido  
 en Lima, pocos años después de la  
 fundación, fué el asesinato de Pi-  
 zarro, que referiremos, a pesar de  
 ser bastante conocido, haciendo una  
 relación ligera de las causas que lo  
 motivaron.

Diego Almagro que, como se ve  
 en la Cédula y provisión que hemos  
 insertado, acompañó a Francisco  
 Pizarro en la conquista del Perú,  
 fué mandado por éste al Cuzco, ca-  
 pital del Imperio de los Incas, con  
 el propósito que se encargase del  
 mando de élla, y emprendise la con-  
 quista de los países situados al Sur,  
 que formaban parte de Chile; in-  
 tentó, en efecto, esta empresa, pero  
 los insuperables obstáculos que en-  
 contró en su marcha y los padeci-

mientos y descontento de la gente,  
 lo obligaron a regresar desde Co-  
 quimbo. A la sazón, la Corté de  
 España le había conferido nuevos  
 poderes y jurisdicción territorial,  
 documentos que los hermanos de  
 Pizarro habían ocultado malicioso-  
 mente con el objeto de que Almagro  
 no se apoderase de aquella capital  
 a cuyo dominio no querían ellos re-  
 nunciar.

Esta cuestión, agregada a mu-  
 chas otras causas, había engendrado  
 serias desavenencias, no sólo entre  
 Almagro y los Pizarros, sino tam-  
 bién entre los partidarios y soldados  
 de uno y otros; así fué que cuando  
 el primero se posesionó del Cuzco,  
 puso en prisión a los Pizarros a  
 quienes, sin embargo, trató bastante

hidalgamente, rechazando con in-  
 dignación las indicaciones que siem-  
 pre se le hicieran para que les diera

La demarcación sobre los límites  
 del territorio, sujeto a la domina-  
 ción de Almagro y de Pizarro, mo-  
 tivó nada menos que una guerra  
 civil que terminó por la batalla de  
 Salinas, acaecida el sábado 26 de  
 abril de 1538, cuyo resultado fué  
 funesto para las tropas de Almagro:  
 y éste, a quien el mal estado de sa-  
 lud había obligado a presenciar la  
 batalla metido en una litera, y desde  
 una altura inmediata, consiguió  
 montar en una mula y tomar asilo  
 en la fortaleza del Cuzco, en donde  
 a poco tiempo fué aprehendido, ha-  
 biéndosele encerrado en el mismo

edificio en que tuvo presos a Pizarros.

Después de la ejecución de Almagro, sus numerosos secuaces se dispersaron por el país, pero permanecieron unidos por un sentimiento de indignación contra el asesino de su jefe. Almagro había dejado un hijo que tenía su mismo nombre, y que era necesariamente el caudillo de los que se habían propuesto vengar la muerte de su padre.

Aunque eran numerosos los conjurados contra Pizarro, parece que el proyecto de darle muerte se confió a unos pocos, y que la ejecución se encomendó a diez o doce, presididos por un tal Juan de Herrada o Rada, caballero de familia respetable, que habiendo sentado plaza de soldado desde muy joven, alcanzó los más altos puestos en el ejército a favor de sus talentos militares. Herrada había reconcentrado en el joven Almagro todo el cariño y la adhesión que profesó al padre y aunque ya muy viejo, se sintió con bastante ardor y bastantes bríos para vengar a su llorado general; él fué quien concibió el plan y quien se preparó para ponerse a la cabeza de los ejecutores. Llegado, pues, el día, los conjurados y Herrada delante de ellos, marcharon a casa del joven Almagro (1) para esperar la hora en que el Gobernador saliese de misa; pero burlados en su esperanza, creyeron ser descubiertos y fluctuaron entre si abandonarían la empresa, o la llevarían a cabo buscando al Gobernador dentro de su misma casa. Decididos por lo último, se dirigieron a palacio dando en la calle las voces de ¡viva el Rey! ¡muera el tirano!

Era la hora de comer, que en los primitivos tiempos de las colonias españolas, solía hacerse a las doce. Sin embargo, mucha gente atraída por los gritos de los conjurados salió a la plaza para saber la causa. "Van a matar al marqués", dijeron algunos con fiadad; es á Pizarro a quien quieren matar", replicaron otros; pero ni uno solo salió en su defensa. El poder de Pizarro no había echado raíces en el corazón del pueblo.

A tiempo de atravesar la plaza los conjurados, uno de ellos dió un rodeo para evitar un charco que encontró en el camino. "¡Cómo!", exclamó Rada, "¡vamos a bañarnos en sangre humana y rehusáis mojaros los pies en agua!" Y le mandó que se volviera a su casa. La anécdota es significativa.

El palacio del Gobernador estaba situado en la parte opuesta de la plaza. Pasábase a él por dos patios. La entrada del primero estaba protegida por una maciza puerta, capaz de resistir a cien hombres o más; pero la habían dejado abierta, y los agresores, lanzándose al patio interior, dando su tremendo grito de combate, se encontraron en él con dos criados. Mataron a uno y el otro se entró huyendo en la casa, gritando: "¡Socorro, socorro, los de Chile vienen a matar al marqués!"

Pizarro estaba a la sazón comiendo, o lo que es mas probable acababa de comer. Hallábase rodeado de unos cuantos amigos que después de misa habían ocurrido, según parece, a informarse del estado de su salud, y algunos de los cuales se habían quedado a comer con él. Entre éstos estaban Martínez de Alcántara, hermano de Pizarro por parte de madre, y Velásquez, el

gobernador de Quito y varios caballeros principales de Lima hasta el número de quince o veinte. Algunos con los gritos que resonaban en el patio, salieron del comedor y bajaron hasta el primer tramo de la escalera para averiguar la causa. No bien se informaron de ella, por las exclamaciones del criado, se retiraron precipitadamente a lo interior de la casa, y no queriendo arrostrar desarmados, o mal armados como estaban los mas de ellos, la tempestad que amenazaba, se salieron a un corredor y desde allí se descolgaron al jardín sin hacerse el

menor daño. Velásquez el juez, para poder hacer uso de las manos en la bajada, se puso la vara de la justicia en la boca, "cuidando así, dice con mucho gracia un cronista antiguo, de no quebrantar la palabra que dió de que no sucedería nada a Pizarro mientras él tuviese la vara de la justicia en la mano".

Entre tanto el marqués noticioso del tumulto, mandó a Francisco de Chávez, oficial que poseía toda su confianza y que se hallaba en la antesala, que cerrase la puerta de la escalera, mientras él con su hermano Alcántara se ponía las armaduras. Si esta orden dada con serenidad completa hubiera sido con la misma decisión, todos se habrían salvado por que podría haberse guardado fácilmente la entrada aún contra fuerzas superiores, hasta que hubieran llegado auxilios a Pizarro a consecuencia de la relación de lo que habían huído. Pero desgraciadamente Chávez, desobediendo a su jefe, dejó la puerta entreabierta e intentó entrar en conferencias con los conspiradores. Estos, que habían llegado al final de la escalera, cortaron el debate arrojando por ella

tal rapidez y fuerza, como si la edad no tuviese poder para endurecer sus miembros. "¡Cómo! gritó, traidores ¿habéis venido a matarme en mi propia casa?" Los conspiradores retrocedieron un momento al ver caer a dos de ellos bajo la espada de Pizarro; pero en breve se reanimaron y validos de sus superiores fuerzas, se batían con gran ventaja, relevándose unos a otros en el ataque. El aposento en que peleaban era estrecho y el combate había durado ya bastantes minutos, cuando los dos pajes de Pizarro cayeron a su lado. Entonces Rada impaciente exclamó: "¡Qué tardanza es esta! ¡Acabemos con el tirano!" Y cogiendo en brazos a uno de sus compañeros llamado Narvaez, le arrojó contra el marqués. Pizarro en el mismo instante se agarró con él y le atravesó con su espada; pero en aquel momento recibió una herida en la garganta, titubeó y cayó al suelo mientras Rada y los demás conspiradores le hundían sus espadas en el cuerpo. "¡Jesús!" exclamó el moribundo, y trazando con el dedo una cruz en el sangriento suelo, inclinó la cabeza para besar-

el pavimento y cubiertos de sangre. Algunos propusieron que se llevase el de Pizarro a la plaza del mercado y se fijase su cabeza en la horca; pero otros aconsejaron secretamente a Almagro y obtuvieron de él que cediese a las instancias de sus amigos y permitiese su entierro. Verificóse éste secreta y privadamente, por temor de una interrupción en el momento de la ceremonia. Un fiel servidor y su esposa asistidos de unos cuantos criados negros envolvieron el cuerpo en una sábana de algodón y le llevaron a la Catedral. Cavóse una sepultura en el rincón más oscuro; dijéronse las oraciones a toda prisa y en secreto; y al débil resplandor de unas cuantas hachas suministradas por humildes servidores los restos de Pizarro, envueltos en un sangriento sudario, fueron depositados en la madre tierra. Tal fué el miserable fin del conquista-



ASESINATO DE PIZARRO (Cuadro de Lepiani).

a Chávez después de haberle atravesado el cuerpo de una estocada. Por un momento encontraron resistencia en los sirvientes del muerto, pero en breve se desembarazaron de ellos y penetraron en lo interior gritando: "¡Dónde está el marqués? ¡Muera el tirano!"

Martínez de Alcántara, que estaba en la sala inmediata ayudando a su hermano a ponerse la coraza, no bien conoció que los conjurados se habían apoderado de la antesala, se asistió de dos jóvenes, pajes de Pizarro y de uno o dos caballeros de servicio y procuró contener a los agresores. Siguióse a ésto un combate desesperado. Diéronse golpes fatales por ambas partes: dos de los conspiradores cayeron muertos en el sitio, y Alcántara y sus valientes compañeros estaban llenos de heridas.

Al fin Pizarro, no pudiendo en la precipitación del momento ajustarse las correas de la coraza, la arrojó lejos de sí, y rodeándose la capa al brazo, tomó su espada y salió en auxilio de su hermano. Ya era tarde: Alcántara debilitado con la pérdida de sangre, cayó muy luego en tierra. Pizarro se precipitó sobre los agresores como un león sorprendido en su cueva y repartió sus golpes con

la. Entonces un golpe más benigno que los demás, puso fin a su existencia.

Los conspiradores, consumada la catástrofe, salieron corriendo a la calle y blandiendo sus sangrientas armas gritaron: "Ya es muerto el tirano: las leyes están restablecidas: ¡viva el rey nuestro señor y su gobernador Almagro!" Los de Chile, atraídos por gritos que les eran tan agradables, salieron de todas partes a unirse a la bandera de Rada.

Pero ni Rada ni sus compañeros cometieron mas actos de violencia que prender a unas cuantas personas sospechosas y apoderarse de todos los caballos y armas que encontraron. Intimóse después al Ayuntamiento que reconociera la autoridad de Almagro, y los que se negaron a ésto fueron separados sin ceremonia de sus empleos y reemplazados por otros de la facción de Chile. Así, los derechos que alegaba Almagro, fueron reconocidos, y el joven paseando las calles a caballo, escoltado por un cuerpo de caballeros bien armados, fué proclamado, a son de clarines, gobernador y capitán general del Perú.

Entre tanto, los destrozados cuerpos de Pizarro y de sus fieles servidores, habían quedado tendidos en

el dor del Perú, del hombre que pocas horas antes dominaba todo el país con tan absoluto poder como el de los Incas. Sorprendido a la luz del día, en el centro de su capital, en medio de los que habían sido sus compañeros de armas, partícipes de sus triunfos y de sus beneficios, pereció como un miserable proscripto; y para usar del expresivo lenguaje del cronista "no hubo nadie que le dijese: Dios te perdone".

Pocos años después, cuando se hubo restablecido la tranquilidad del país, los restos de Pizarro fueron colocados en un suntuoso féretro y depositados bajo un monumento en una parte visible de la catedral; y en 1697, cuando el tiempo había ya tendido su benéfico velo sobre lo pasado y la memoria de los yerros y de los crímenes se había borrado ante el recuerdo de los grandes servicios hechos a la corona, con la extensión de su imperio colonial, sus huesos fueron trasladados a la nueva Catedral, para que reposasen al lado de los de Mendoza, el sabio y digno virrey del Perú.

**José María Salaverría**

**LA PATRIA DE LOS CONQUISTADORES**

Hay en España un territorio desviado de la ruta de los turistas, en cierto modo desconocido e impenetrable. Sólo se ven allí terrenos de cultivo, sierras de pastoreo y algunas minas de poco renombre.

Es la comarca que une a Extremadura con Andalucía, país tan bello como sugerente, que ahora estimo recorrer con el alma abierta a las grandes recordaciones históricas. Por aquí pasaban, en efecto, los soldados y capitanes de Extremadura buscando el glorioso valle del Guadalquivir y los muelles de Sevilla, donde las galeras de empinada popa reclutaban a todos los hombres de buena voluntad que soñasen con el oro y la gloria de las Indias.

Por estos montes de encinas y olivos, gratos a la vid, transitaban los conquistadores, a lomo de sus ágiles caballos, portando su espada y su rodela y allá dentro del pecho un animoso corazón.

Los llanos y las dehesas de Extremadura llenáronse un día de fastuosas revelaciones; hasta el país escondido y mediterráneo había llegado la buena nueva, y en la Tierra de Barros, en la Serena, en Cáceres, en Trujillo, los hidalgos de templada musculatura y lanza en astillero comentaban bajo los portales: "Allá abajo, hacia Sevilla, hay banderas donde engancharse para las empresas del Nuevo Mundo... ¡Todo lleno de oro y plata y perlas preciosas!"

No cambia, sin embargo, tan radicalmente como por la parte de Despeñaperros: allí se salta de la meseta centro-española, fría y elevada, a las felices tierras andaluzas, donde el naranjo florece y se yergue la cimbradora palmera, mientras que entre Andalucía y Extremadura no existe violencia ni el tránsito puede decirse que sea fundamental. La gente sigue pronunciando el castellano con el mismo dejo gracioso y ceceante de los andaluces, y las palmas datileras, asomándose por los bardales de los huertos, muestran bien pronto que estamos en un país fértil y caliente, donde el régimen estepario de la Mancha se ha sustituido por el clima atlántico meridional.

Al paso de las estaciones del ferrocarril yo me apresuro a observar las gentes, el lenguaje, los gestos y el orden de los cultivos. ¿Cómo son los descendientes de aquellos hombres extraordinarios en quienes la voluntad, el valor y el don de iniciativa alcanzaron un límite que pocas veces ha sobrepasado la naturaleza humana?

Veo un territorio montañoso y risueño, bien poblado y cultivado en forma de bancales, lleno de alquerías blancas, que adornan con su candidez la reciente verdura de la primavera. Pronto se allana el país y se hace más fecundo y rico. Estamos en la Tierra de Barros, célebre por su fertilidad. Grandes y o-

mies, prósperos viñedos. Con frecuencia se divisan desde el tren amplias y hermosas casas de labor, de denso aspecto señorial.

Miro las personas en tanto, y celosamente examino sus rasgos, su talante, sus gestos. Es el extremeño un hombre de varonil y hermosa presencia, y robusto y bien proporcionado. Desde luego se advierte en él un cierto aire reservado, escaso de gesticulaciones. No puede llamarse adustez a ese aire como re-concentrado; tampoco le conviene el nombre de tímido, ni el de triste o-

licas aún porque carecen de melindres y estudiadas gazmoñerías.

He aquí el país raro de grasas llanuras y boscosas sierras; país de vastas soledades, encinares espesos y solitarios rebafios; tierra de encalmados horizontes, donde los mansos ríos buscan el camino del mar... Como los ríos, también los hombres persigieron el ensueño de la remota e inaudita navegación. Un sueño de mar infinito, una quimera de las frondosas playas indianas exaltó esa tierra que no conoce el mar, pero que lo presentía con el amor infuso de



**VASCO NUÑEZ DE BALBOA**

Mientras el tren me lleva a Extremadura es imposible librar a la mente de la obsesión de América; los objetos modernos tratan de llamarme y no lo consiguen. La historia se sube en ocasiones a la cabeza, con la misma aptitud delirante que un vino rancio. Veo los pueblos y los hombres cotidianos; las máquinas a vapor y los artefactos científicos de un coto minero; los periódicos y los trajes me hablan con obstinación de los afanes contemporáneos, y yo insisto, a pesar de todo, en transportarme a la época de los conquistadores.

Asisto con curiosidad a las variaciones del paisaje, y principalmente deseo sorprender a la aparición de Extremadura. El tren parece correr, ponder a mi impaciencia, y corre por una comarca fronteriza y solitaria, alta y desierta. Es la región de la divisoria hidrográfica, límite de las cuencas del Guadalquivir y del Guadiana medio. De pronto, pasado un túnel, el paisaje ha cambiado.

pulentos pueblos surgen en la llanura, cuyas gruesas tierras de labor florecen con los cultivos más caros: frondosos olivares, campos de



**LA CASA de LOS PIZARROS. — (En Trujillo, España).**

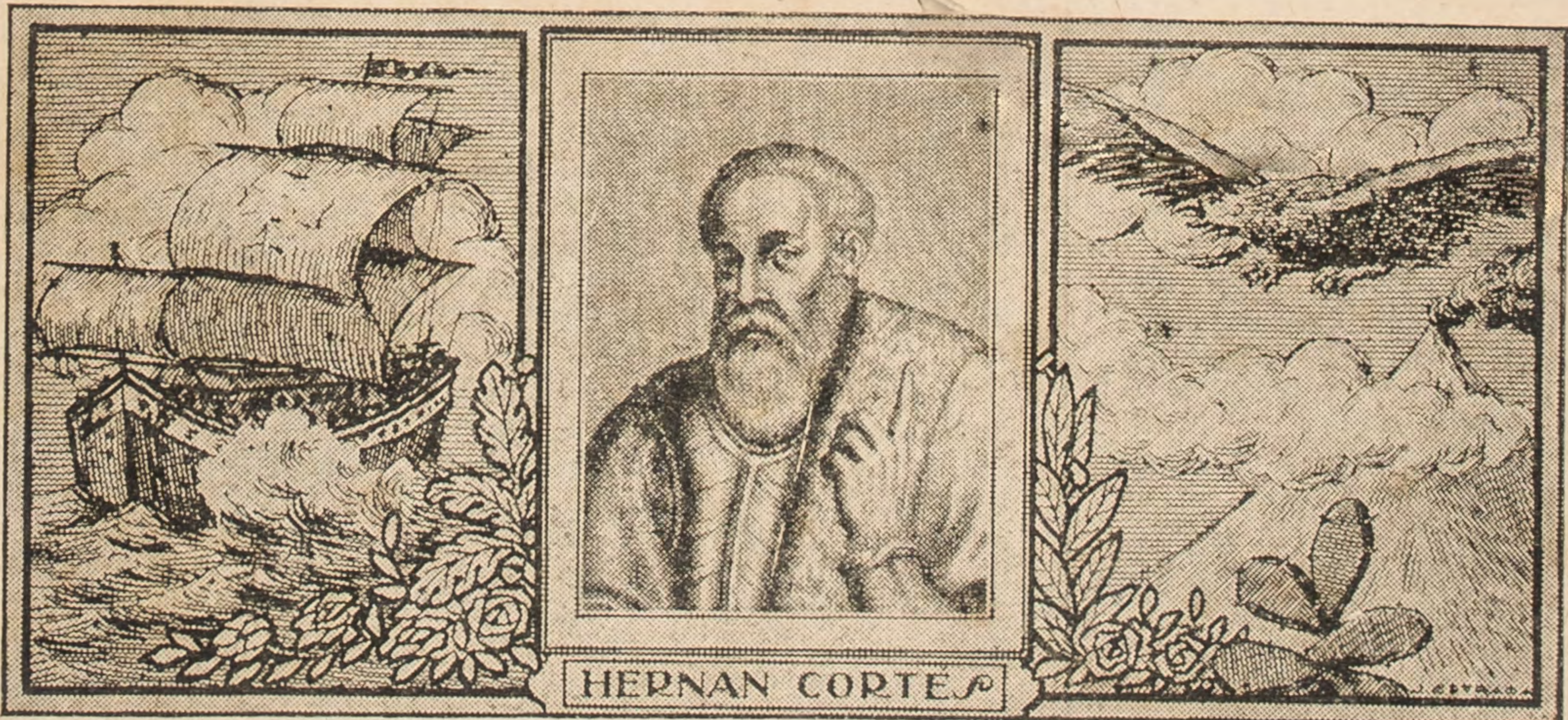
fosco. Es una gravedad tan digna y viril como exenta de empaque provocativo. Únase el castellano con el andaluz occidental, agréguese un poco de portugués y se tendrá el extremeño.

Es notable la salud y belleza de la raza. Los chiquillos, que corren descalzos; las niñas, de pintarrajeados pañolones, muestran un rostro lindo y carnoso, unos ojos grandes y honestos, unas mejillas morenas con vivas rosas de salud. Hay un tipo de hombre ceceo, de ojos oscuros y talante firme, y no abundan menos los rostros claros, rubios, especialmente en las muchachas. Las mujeres seducen por su aire honesto, pudoroso; más simpá-

un navegante predestinado. Tierra densa y grave, enigmática por su especie de mudez, que dió ejemplares de voluntad férrea como Pizarro y al mismo tiempo producía el alma mística del Divino Morales y aque-lla otra alma ascética de Zurbarán...

Llegando a Mérida he concluido de empaparme en unción histórica, y lentamente he vagado por las ruinas romanas, por el teatro, de rotas columnas, y bajo las arcadas de gente acueducto...

Mientras la pluma traza estas líneas, los torreones y campanarios de Trujillo esparcen su severa sombra por la plaza incomparable. Veo al través de los cristales erguirse un caserón arruinado, y en tanto escapa



**HERNAN CORTES**

la imaginación hacia los países vitales y frondosos del Nuevo Mundo... ¡Qué remotos y antagónicos los dos cuadros! Aquí, las sombras y las ruinas de las torres aboli- gas de Trujillo; allá lejos se desgrana el collar de las mil ciudades opulentas y las veinte naciones dinámicas.

Sin embargo, la duda es ociosa: aquello ha nacido de la obra, infinitamente trascendental, consumaron unos oscuros hidalgos espada y de iniciativa que nacieron a la sombra de estas torres de Extremadura, ahora calladas y vacías.

Es así, teniendo siempre fija la idea de América, como adquieren su premo valor los campos extremeños. El ánimo se impresiona a cada punto al sorprender la memoria de los conquistadores viva siempre en todo este país desviado, labradiego y pas-

toril. Y en esta nostálgica evocación de epopeya el pueblo extremeño confundió a los héroes más dispares, hacinándolos, después de todo, con una cierta lógica. Cortés y Pizarro se mezclan con García de Paredes, el de las hazafías hercúleas en Italia, como si hubieran combatido juntos, y pasando a caballo por la Sierra de Santa Cruz nos cuenta el guía que en algún escondrijo de aquellos cerros está oculto e incólume el sepulcro de Viriato.

Suena a hierro Extremadura. De sus encinares brotó la flor estimada que tiene el nombre de voluntad. ¡Oh gran América: eres el fruto de una voluntad inquebrantable, infinita, y nada si no fuese ella, te hubiese desprendido de la noche de tu sueño aborigen! Las manos que te alzaron a la luz desde el fondo de las selvas y las cordilleras eran

manos decisivas e incansables, que no conocían la renunciación. Solo una casta de gigantes pudo cumplir la enorme tarea. Casta de Balboa, de Cortés, de Pizarro, para quienes las empresas más absurdas se domesticaban, se humillaban, por lo mismo que los propios dioses se amedrentan frente a la inexorable decisión genial del héroe.

La ancha plaza de Trujillo aparece a mis ojos toda llena de muchachos endomingados, que celebran la fiesta de la Pascua florida llevando un cordero votivo.

Desde lo alto de la acrópolis, entre marcial y mística, me he detenido a ver las ruinas venerables y la solitaria inmensidad de los campos labrados. Los alcatrazes giran en el alto vuelo sobre las pátas murallas del

castillo. Unas cigüeñas, lentas y suntuarias, agregan majestad al melancólico panorama.

Los blasones nobiliarios viven entre las ruinas, y vive siempre, como en una grave penumbra, la sombra del Conquistador. En lo más alto, una pobre mujer señala un muro: "Ahí nació Francisco Pizarro". Me aproximé a ver la gacha y ruda ojiva del portal. Sólo un lienzo de la casa queda en pie; todo ha caído menos el toco y simple escudo de la estirpe: un árbol con dos cerdos rampantes...

El 29 de octubre de 1746, yendo por filo la media noche, resquebrajose toda la ciudad de Lima, como si fuese un cascarón de nuez, y en un instante quedó trastrocada en lugar de miseria y duelo.

El estruendo de las casas al desplomarse, los gritos de angustia que lanzaban las víctimas y los lamentos de los que, más afortunados, podían huir a la muerte, formaban un conjunto tan trágico que la pluma no acierta a hacer descripción de ello.

Solamente, entre tanta desolación, veíase un alma recia y entera que acudía a los lugares de mayor peligro: era el oidor de la ciudad, D. Pablo Antonio José de Olavide.

A su presencia de ánimo debieron la vida muchos de los que ya consideraban que era sonada su última hora. Por el celo y valor demostrado aquella noche nombróle el Virrey director de las excavaciones y depositario de cuantas riquezas aparecieron entre los escombros.

El joven oidor devolvía escrupulosamente cuanto se le reclamaba, así como érale probada la pertenencia; mas parece que hubo de quedar un sobrante considerable perteneciente a las familias que hallaron su muerte entre los escombros. Y Olavide, usando de las atribuciones que fuéronle conferidas, dispuso de él, invirtiéndole en un teatro y una iglesia (salud para el alma y esparcimiento para la vida).

Parecióles mal la determinación a sus paisanos y alzaronse en querrela hasta el trono del señor rey don Fernando VI, que llamó a su presencia al acusado. Apenas puso el pie en la corte de las Españas fué prendido con todo rigor y puesto preso en su misma posada.

Grande pesadumbre hubo de producirle el mal recaudo, lo que, unido a la falta de ejercicio, llamóle una irritación de humores que le laceró entreambas piernas en manera cruel.

Pidió (por orden de los médicos) salir al campo para atender a su salud con la pureza de aires y fuéle concedido aposentarse en la cercana villa de Leganés. Parece que sólo halló en élla el sosiego de la sangre, sino la ventura de su fortuna y encumbramiento.

Vivía en el dicho pueblo Doña Isabel de los Ríos, viuda de dos opulentos capitalistas. Para distraer el ocio de su desventura visitábala don Pablo cada día, y comenzando por entrarsele en la casa, finó por hacerse dueño de aquel corazón, que ya por dos veces había sentido las alas de Cupido.

No es mucho que fuera de esta suerte, por los veintidós años y mucha gentileza de Olavide; a ésto y a más obligaban a una dama libre y de buen aquel.

Dice un famoso drama español:  
*Con oro nada hay que falle,*

## Diego San José D. PABLO DE OLAVIDE

y es grande y manifiesta verdad, pues que merced a su nueva y opulenta posición pudo cortar el señor D. Pablo sus persecuciones y empezar a gustar los deleites y venturas del vivir.

Diz que vivía como un príncipe, haciendo de su casa envidia y predilección de las más ilustres de la corte. Hombres de gustos distinguidos y ultramodernos, vivía a la

En la regia mansión de Olavide comenzó a tomársele el gusto a la ópera italiana, y alguna que otra a él debieron los honores de la traducción.

El trato frecuente con los ministros y el cargo de *Personero del Perú*, que le dió su patria para desagraviarle, le obligó a intervenir en nuestros negocios públicos y to-



D. PABLO OLAVIDE

moda de Francia, y él fué quien primeramente dió en Madrid un reflejo del gusto extranjero. En su biblioteca destacaban sobre todos sus libros los de aquellos escritores en cuyos cerebros comenzaba a germinar la idea de la revolución. Diz que fué íntimo de Voltaire, con el que sostuvo muy notable correspondencia.

mó parte activa en algunos tan famosos como el motín contra Esquilache y la expulsión de los jesuitas.

Conocía el buen rey D. Carlos III los talentos de este hombre y dióle la dirección de las colonias de Sierra Morena, acerca de las que había instado mucho Olavide y presentado una documentada memoria,

que sirvió luego para reglamento y policía de éllas.

Esté momento fué el más culminante de su vida; en él estuvieron unidos de la mano los días más felices de su existencia.

Colonos alemanes comenzaban a habitar aquellos páramos desiertos, pretendiendo sumarlos a la población española. Acaso sin la inteligencia y buenas dotes de Olavide nada se hubiese logrado; pero el buen gobierno y asiduidad de don Pablo lo hizo todo...

Mas la envidia y la discordia se metieron de por medio y allá se marchitaron como flores maltratadas los cuidados del fundador verdadero.

Fué acusado de hereje a la Inquisición por el P. Joaquín de Eleta, confesor del Rey; algunos autores dicen que por Fray Romualdo de Faburgo, prefecto de los capuchinos suizos que fueron traídos para dar el alimento espiritual a los colonos extranjeros.

Prendiéronle en Sevilla el año 1776 y fué conducido a la corte. Duró el proceso cerca de dos años. Entre las muchas acusaciones que se le hacían contra la fé, figuraba la de haber ofendido el sistema de Copérnico y prohibir doblasen a muerto porque no se abatiese el ánimo de los habitantes, que diariamente diezaba la peste. Señalóse para ver la causa el 24 de noviembre de 1778, y el inquisidor general D. Felipe Beltrán, en atención a la alta jerarquía del acusado, consintió en que el auto fuera secreto, no asistiendo más de 60 personas de la grandeza que fueron invitadas por el inquisidor decano.

Presentóse D. Pablo en el auto con vela verde apagada, sin *sambenito*, y se le permitió sentarse durante la lectura del proceso, que duró cuatro horas. Quedó por hereje formal. Así como oyó esta declaración, alzóse Olavide, y dijo con voz trémula: "Yo nunca perdí la fe, mas que lo diga el fiscal", y cayó sin sentido.

Fué sentenciado a destierro de Madrid, sitios reales y colonias de Sierra Morena, por ocho años, obligándole a reclusión en un monasterio sin más libros que el *Símbolo de la Fe*, de Fray Luis de Granada, y *El incrédulo sin excusa*, del Padre Señeri.

Pasados que fueron dos años en cómodo retiro del monasterio, pidió permiso para salir a reponer su salud con los baños de Caldas (Gerona), aprovechó la licencia para internarse en Francia, donde fué muy bien acogido...

Luego de muchas vicisitudes en tierra extranjera, pidió licencia al rey Carlos IV para volver a España, otórgasela el monarca de buena voluntad, y el patricio insigne pudo fenecer en uno de aquellos pueblecillos que fundara, ya de muy avanzada edad, el año de 1803.



No sólo los nombres de las iglesias, de las capillas, de los colegios, de las instituciones de beneficencia, y de carácter público, de los conquistadores, de los personajes eminentes por sus virtudes, ciencias, artes, letras y prosapia, de los personajes populares y hasta de los propios accidentes físicos han servido para el bautismo de las calles antiguas de Lima, si que también, se ha pelado para éllo, por el pueblo o el municipio, hasta las medidas itinerarias de superficie, de los sistemas inglés o español; tal sucede con la calle nombrada la "Milla" que es hoy la 7a. del girón del Callao; y con el paseo nombrado la *Legua*,

Jenaro E. Herrera

La calle de la Milla y el paseo de La Legua

a los presupuestos de las ciencias pedagógica e higienica modernas.  
 Por la misma razón, en los caminos carretero y ferro-eléctrico de la portada del Callao vemos bautizado el primer óvalo, el fundo rústico que le es anexo y una capilla que en él existe, con el nombre de la *Legua*, porque hasta allí había efectivamente una legua de distancia, a partir de la que fué un tigre

tiene prevenido la ciudad y llega hasta la ciudad y llega a ella hasta la *Capilla de la Legua*, así llamada por estar a la distancia que hay desde el Callao a Lima. Allí se halla ya el Virrey que acaba, y saliendo de sus carruajes uno y otro hace éste la ceremonia de entregarle un bastón en señal de que le pasa el mando del Reino, concluido lo cual y hecho

de julio anterior, en memoria de la independencia del Perú presidida por el Protector, General José de San Martín, y en la que tomaron parte todas las corporaciones civiles, políticas y religiosas de la ciudad de los Reyes (2) monumento que desgraciadamente, ha quedado en proyecto y no se ha consumado durante la vida independiente.

que en la Legua, por último, que el 10 de junio de 1822 el Supremo delegado del Perú, don José Bernardo de Tagle, Marqués de Trujillo pasó solemne revista de todos los cuerpos cívicos de esta capital; habiendo seis días, antes o sea en 4 de junio del mismo año, el mismo General San Martín pasado la primera de todos los cuerpos del Ejército Unido Libertador, en el campo de San Borja, ubicado en el promedio de Lima a Miraflores, diri-



SAN MARTIN PASANDO REVISTA A SUS GRANADEROS

ubicado en el segundo óvalo del camino carretero al puerto del Callao, de los que, pasamos a ocuparnos.

Se llama en nuestro léxico *milla*, a la medida itineraria de superficie que equivale a un tercio de la legua ordinaria, o ser a 1852 metros; y como de la portada que fué de Barbones a la vía urbana en referencia, siguiendo el rumbo de E. a O, había una distancia cabalmente de veinte cuabras, que son dos mil varas y equivalen a una *milla*, he allí plenamente justificado el origen de este bautismo, siquiera sea aritméticamente.

En esa calle y bajo el número... se estrenó el año de 1908, un edificio de altos y bajos, bastante espacioso y elegante, construido por el gobierno para que sirviera de local al Centro Escolar de Varones, con sujeción al plano oficial aprobado por el ministerio de justicia y

po la portada del Callao. Dicha capilla, de la orden Juandediodiana, fué fundada por fray Francisco López, en el año de 1610.

Este paraje era clásico en el ceremonial que se observaba al ingreso o salida de los virreyes del Perú, según nos lo describen los célebres viajeros Jorge Juan y Antonio de Ulloa, allá por los años de 1748.

Este ceremonia era complicada y a veces duraba algunos días y en algunas ocasiones hasta semanas enteras.

El primer día llegaba el Virrey a Lima, y sin mayormente detenerse pasa en derecha atravesando la ciudad como de oculto al puerto del Callao, que es el inmediato, y distante de élla dos leguas y media...

"El día siguiente, que es el segundo de su llegada sale un coche, que como para tal personaje le

aquel regular cumplimiento que dicta la urbanidad se separa y siguen cada uno su camino".

Y si el que llega tiene el ánimo de hacer su entrada pública en Lima dentro de pocos días, se vuelve al Callao, en donde permanece hasta el determinado; pero siendo más regular el que medie algún tiempo interin se hacen las prevenciones necesarias para ella, pasa a Lima; y desde luego se aloja en su palacio, cuyo adorno y compostura y decoración están al cuidado del oidor más joven y del alcalde ordinario". (1).

Fué en la Legua, también que, el día 16 de mayo de 1822., se verificó una solemne procesión cívica, de Lima a ese paraje, la primera que se verificó durante la República, para poner la piedra fundamental del monumento patriótico mandado erigir por el decreto de 28

giendo con tan plausible motivo una entusiasta proclama a los soldados que la componían (3).

Tiempo llegará en que este camino sea una gran avenida urbana de Lima del puerto del Callao para aquel entonces el Callao, Chorrillos, Magdalena, Miraflores y el Barranco, otros tantos distritos urbanos de la grande y populosa capital peruana!

(1) Relación del viaje a la América Meridional— Madrid, 1748.

(2) Supremo decreto de 11 de mayo de 1822.

(3) M. Odriozola—Tom V de Documentos Históricas.



J. M. Valega

CAUSALES de la GUERRA del PACIFICO

Como viajero que llegara, tras marcha prolongada, a la cima de la montaña que guarda en su seno oculto el porvenir, y se detuvieran en la cumbre a examinar el sentido recorrido, y meditar en las arduas luchas sostenidas y en los esfuerzos desplegados y en las vacilaciones y desmayos sufridos para encontrar en el cúmulo de factores precedentes la razón filosófica de su situación artificial y las proyecciones que pudiera tener en el mañana indefinido y enigmático, así llega el Perú a coronar el siglo de su emancipación política, tras penosa y larga jornada.

Y yo quiero detener a mi patria un instante en la cumbre de sus cien años para inquirirle las causas de sus dolores pasados, de su confianza en sus fuerzas presentes y de su fe en el porvenir desconocido e inquietante. Y ella, en la hora sonriente de su fiesta centenaria, me deja penetrar en su interior para que yo lea el secreto sangriento.

Y, en el fondo de su conciencia, sobre una terrible mancha roja, cual un mar inacabable, distingo una fecha simbólica, una cifra de horror que exhibe su negrura abismal: 5 de abril, 1879. Y yo voy hasta las nacientes de la mancha fatal para indagar el misterio de su formación, el porqué de su permanencia y las causas de su inextinción.

Como naciendo en una montaña lejana muy roja y muy sombría, veo confluír una serie de canales que transportan, bajo la aparente mansedumbre de sus aguas, el germen del mal. Y, agrupados en secciones, como obedeciendo a un orden superior establecido, veo los surcos profundos que dejaron los arroyos al cruzar los senderos de la Economía, de la Moral, de la Política y del Derecho. Y, en el fondo de todos los cauces imborrables, como un perenne testimonio de la identidad del origen de las corrientes que pasaron sobre ellos, las mismas sustancias aparecen, los mismos residuos se encuentran como atestigüando que el ceno del mal es siempre el mismo, cualquiera que sea el terreno que atraviesen las corrientes que llevan el germen mortal.

Y así, en el orden económico, mi patria me enseña sus inmensos caudales esparcidos por su suelo, que un día remoto y varias veces centenaria bastaron al fausto de la madre lejana, y que otro día también se prodigaron a un hermano vecino, el hijo de su infancia. Y esas fuentes de riqueza, que las condiciones geológicas del suelo exhibían a los ojos codiciosos del americano primogénito de Adán, determinaron en su conciencia anormal todas las causas económicas de la conquista. Y así, la fortuna que aumentará en su seno la persistente evolución de la materia y las originales situaciones climáticas de su ambiente— fué el motivo fecundante de las causas económicas de la Guerra del Pacífico.

Y en el orden moral contemplo asombrado el corazón generoso de la patria con su inmenso patrimonio de

bondad que ostenta en su pecho como una gigantesca flor blanca é inmarcesible, símbolo de paz, de confianza y de armonía. Y ese don,— que trajera desde las remotas regiones de la mansedumbre incaica, cuando su edad de oro emergía del fondo tranquilo del comunismo grandioso de sus remotos progenitores— fué también un incentivo para el primogénito ambicioso y fuerte en el mal. ¡El cordero, hecho lobo en las regiones desiertas é inclementes, vino a devorar al hermano que pastaba apasible y confiado en sus hemosas praderas!

Los buenos y pacíficos ante la moral sucumben ante los fuertes inmortales. La bondad innata, que ignora el egoísmo insaciable del mal, es en la Historia la víctima propiciatoria ¡Y el corazón de la patria sangra por su bondad imprevisora! Y, moralmente, su inconciencia é ingenuidad, fueron los motivos determinantes de las causas éticas de la guerra.

Políticamente, la patria lamenta su triste desorientación, su incomparable desorganización, su negra turbulencia y su amargo desconsuelo. Y, ella misma, interrumpiendo un instante la alegría de su fiesta centenaria, llorosa y dolorida, como si reprochara a sus hijos la amargura del recuerdo, me dice entre sollosos:

—¡Nada hicieron mis retoños amados por evitarme el cruel quebranto de la usurpación fraternal! ¡Vieron siempre mis hijos queridos en lucha afrentosa de egoísmos y ambiciones de partidos! Unos cuantos se apropiaron y explotaron el dominio común sin norma ni medida. Otros muchos se juntaron y expulsaron a los primeros, envanecidos de su despojo ilegal, olvidaron las causales de su unión, incapaces de concebir ideas generosas, y cayeron en la misma afrenta que imputaban a sus hermanos! Otros, raros, muy raros en el curso de mi vida centenaria, impusieron su talento y encausaron mis fuerzas por la senda del deber; pero, esos pocos de mis hijos privilegiados, no pudieron cumplir ampliamente su ideal por que otros hermanos, excluidos apasionadamente, intentaron imponer la primacía de sus opiniones. Y otros también, más pacíficos y buenos, elejados de las luchas políticas por intereses personalísimos, negaron su concurso luminoso en provecho mío, y fueron indiferentes por exceso de amor a su propia tranquilidad y a su propia vida. ¡Y olvidaron los dolores de la madre común por las luchas fratricidas! ¡Y el resto de mi raza, el montón trabajador que hace la fortuna de otras madres, olvidado y sin oriente, perdió el amor filial a la madre invisible en cuyo nombre sus hermanos feudales lo explotaban y envilecían.

Y así, pobre hijo mío, entre egoístas y ambiciosos, entre indiferentes y explotadores, entre tiranos y victimarios, entre desorientados y abúlicos, yo tenía que presentar a mi hermano infame el motivo político determinante de otras causas de la guerra!....

Y yo, hube de ocultar mi dolor ante los ojos lacrimosos de la madre, para indagarle, ante la santidad del derecho y la justicia, la causalidad legal del atentado fraternal. Y un diálogo inolvidable, doloroso y cruel coronó su amarga confidencia:

—Bien, madre mía, le dije; tu fuiste favorecida con dones natura-

les que despertaron la codicia del hermano miserable; tu bondad innata sirvió de pasto a la voracidad del primogénito amoral; tus hijos, mis intensos hermanos, no pudieron hallar para ti la cumbre luminosa y dejaron extinguirse el fulgor de tu estrella en hora sombría; pero, dime, madre mía: ¿tu fortuna, tu bondad y tus hijos inocentes ó culpables, podían justificar ante el derecho y la justicia la usurpación de que fuiste víctima?

—¡La justicia y el derecho! ¡Hablas en serio, hijo mío?

—¿Son, acaso, simples fantasmas esos postulados hermanos?

—¡Sombras y nada más que sombras, proyectadas por la mágica linterna de los fuertes para medrar en las conciencias infecundas de los débiles! ¡Espejimos fabricados por los sabios para explotar el candor de intrusos!... Un día, el Apóstol del Bien vino a la tierra y esbozó su doctrina salvadora. Doce humildes se prendaron de la moral excelsa y propagaron, ocultos en la sombra, la sabia enseñanza. Pero otro día el maestro fué vendido por el egoísmo y subió al Calvario para morir entre dos ladrones! ¡Soberbia lección, pobre hijo mío! ¡El bien murió al nacer en la cumbre del Gólgota, entre dos cadáveres: el Derecho y la Justicia! El derecho es Dimas el buen ladrón que Jesús llevó al trono de su padre la tarde del martirio; y la justicia, la sombra de Jesta, el otro delincuente que pasea desde entonces por el mundo su faz llorosa en espera del día tardío de la redención!

—¡Me estremeció de horror, madre mía, ante tus palabras terribles! ¡Yo creía en la justicia, yo amaba el derecho!

—¡Sí; creías en la justicia y amabas el derecho por mi dolor y mi miseria! ¡Sí, hijo mío; creemos en la justicia cuando necesitamos de ella y amamos el derecho cuando nos es indispensable su amparo! Pero, es muy doloroso el enunciarlo de la realidad: ¡la justicia no es protectora del necesitado; el derecho no auspicia al desamparado!

—Entonces, madre mía, perseguimos una quimera? ¡Es una sombra a la que amamos?

—Consulta la Historia humana y conocerás la negra verdad. La justicia y el derecho se inclinaron siempre ante los fuertes, ante los únicos que pudieron, con el peso de su espada, burlar la balanza fementida! ¡Ahí tienes a mi hermano que llamó justicia al despojo de Tarapacá y que invoca ante el mundo su derecho indiscutido sobre Taena y Arica!...

—Pero, el mundo no puede creer la importura, no puede dejarse seducir por la calumnia!

—El mundo, hijo inocente, cree o no cree lo que le conviene.

—No le hablen al león del derecho a la vida del cordero! ¡El fuerte no escucha los lamentos del débil!

—Entonces estás perdida?

—¡Perdida, no, que tengo hijos capaces de salvarme! Pero, mi causa no debe ser defendida con invocaciones a fantasmas mudos y sombríos!

—No me explico, madre, qué camino debemos seguir tus hijos para redimirte!

—Observa hoy, que es día simbólico para mí, y tendrás trazado el camino.

—Observar? y qué debo observar?

—Los rostros sonrientes de los galanes embajadores que llegan con sus amables presentes a felicitarme por mi vida centenaria.

—No comprendo, madre mía!

—¿No comprendes que esos nobles representantes de sus patrias lejanas llegan a mí, a sonreírme, sin recordar que hace medio siglo casi que sufrí la desmembración ominosa; que vierten en mis oídos palabras delicadas de venturosos augurios, pero que olvidan mis dolores y aún la injusticia de la mancha que me afrenta?

—Perdona, madre; pero el día no es propicio para amargas recordaciones.

—¡Amarga verdad también, hijo mío! ¡Los amigos deben gustar del festín, ese es su derecho! ¡No deben llorar nuestros dolores: esa no es su obligación! ¡No hables al amigo de tu sed de justicia! ¡No digas al amigo tu hambre del derecho!...

—Entonces ¿a quién revelar nuestras angustias?

—En el silencio se preparan las grandes convulsiones: calla tu dolor; no lo atenúes revelándolo. Ve siempre por la senda torturante del deber: no invoques a las sombras enigmáticas; no serás auxiliado en tu caída. Marcha siempre adelante persiguiendo tu ideal que también es mío. Prepárate a ascender las cumbres escarpadas con el báculo insostituible de la fuerza. No implores justicia: búscala tú mismo con tus energías. No clames al derecho: imponlo amparado en tu fuerza! Esa es tu misión como hijo mío. Esa es mi única esperanza de redención: la fuerza, la fuerza!!!...

Y el rostro de la madre amada se iluminó en el gesto soberbio de energía que vibraba en sus amplias cejas enarcanadas. Y fué para mí, una revelación la palabra candente de la patria...

Y, al descender de la cumbre en que ella vive hoy los cien años de libertad, medité largamente, y me propuse resolver con ánimo sereno el problema de casualidad de la guerra infausta. Y me dije: si mi patria, por ser rica, dió el motivo económico de la conquista; si, por ser pacífica y buena, movió al hermano amoral: si la triste mentalidad de sus hijos— que no pensaron en hacerla fuerte— arrulló su valor combativo y la hizo fácil presa del primogénito audaz; si ante la justicia y el derecho universales no pesaron las circunstancias agravantes del delito, ¡qué camino emprender para cumplir el mandato impostergerable de la patria? ¡Iluminadme, ¡oh espíritus excelsos! que venistéis un día la vida azarosa de mi patria!

—Inaugurad un gobierno férreo, cual una monarquía, dice el espíritu magno del genial San Martín.

—Instrucción y siempre instrucción, interviene la sombra de Manuel Pardo.

—Buques, buques, dice la figura grandiosa del Mariscal Castilla.

—Ejército! interrumpe el egregio patrio Nicolás de Piérola.

—Educación, susurra a mi oído la sombra protectora de mi padre.

—Pero, indagué yo, ¿no hay uno solo, simple y especialísimo que comprenda a todos los demás?

—Sí, hijo mío, dijo, abrazándome cariñosamente la sombra venerada de mi madre; hay uno que es el eje de todos los demás: la honradez!

Y los otros espíritus excelsos asintieron.